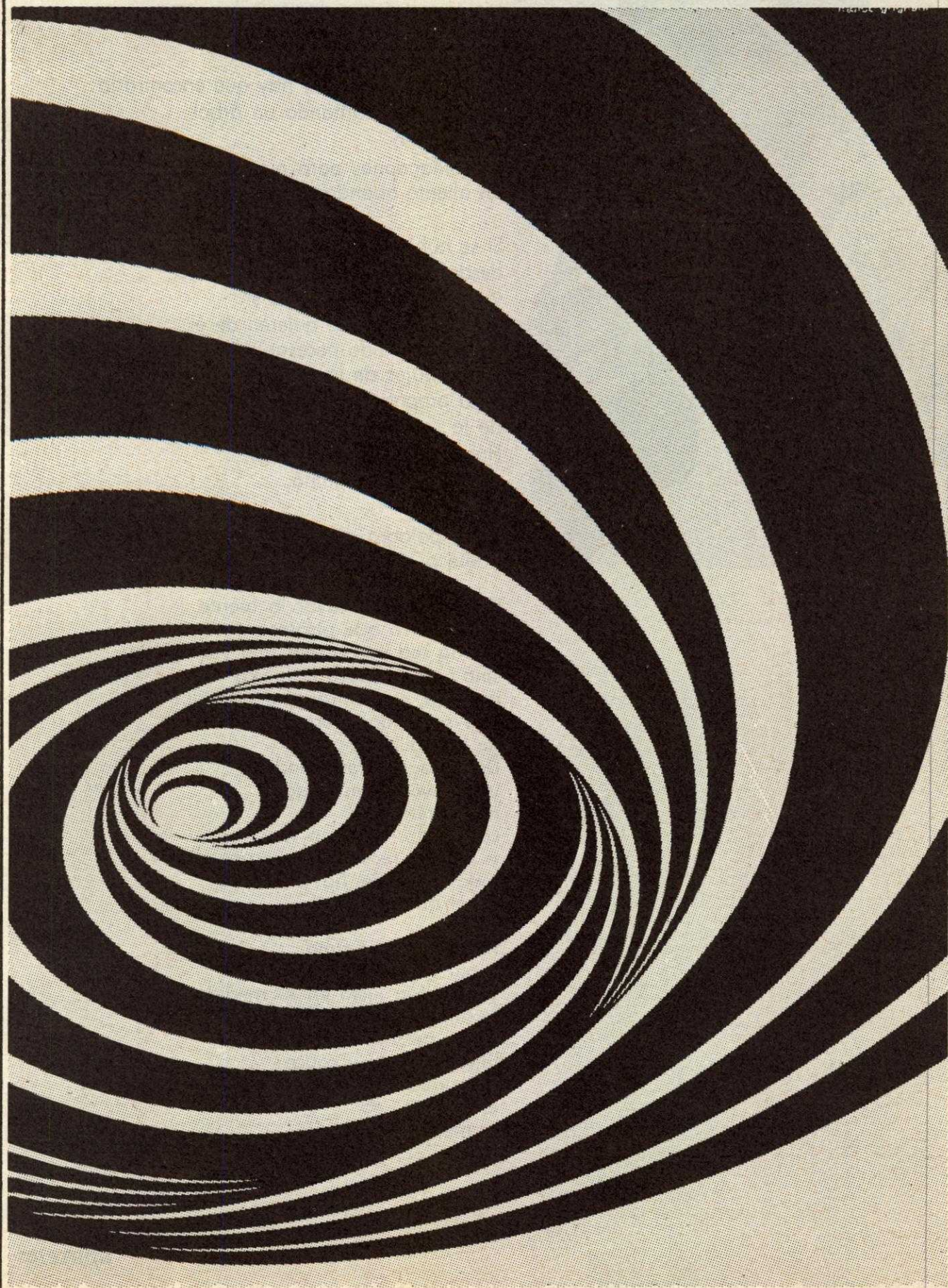


PSICOLOGIA DE LAS MULTITUDES

Segismundo Freud



DESCRIPCION DE LA MENTE DE GRUPO POR LE BON

En lugar de comenzar con una definición, parece más útil dar alguna indicación de la gama de fenómenos que se están revisando y escoger de entre ellos unos cuantos hechos característicos y sorprendentes, a los que pueda dirigirse nuestra encuesta. Podemos alcanzar esas dos finalidades, mediante citas de la obra merecidamente famosa de Le Bon: *Psychologie des Foules* (Psicología de las multitudes).

Volvamos a aclarar las cosas, una vez más. Si una psicología, preocupada de explorar las predisposiciones, los instintos, los motivos y las finalidades de un **hombre individual, para llegar a sus acciones y sus relaciones** con los que le son más cercanos, realizara completamente su tarea y aclarara todas esas cuestiones, con sus interconexiones, se vería enfrentado repentinamente a una nueva tarea, que tendría ante sí para hacer aparecer inconclusa la primera. Se vería obligada a explicar el hecho sorprendente de que, en ciertas condiciones, el individuo al que había llegado a comprender, pensaba, sentía y actuaba de modo totalmente distinto a lo que hubiera podido esperarse. Y esas condiciones serían por su inclusión en un conjunto de personas que adquiriría la característica de **grupo psicológico**. Entonces, ¿qué es un grupo?, y, ¿cómo adquiere la capacidad para ejercer esa influencia decisiva sobre la vida mental de los individuos? ¿Y cuál es la naturaleza del cambio mental que provoca en los individuos?

La respuesta a esas preguntas es una tarea que corresponde a una psicología teórica de grupos. Evidentemente, el mejor modo de afrontar esa tarea es comenzar con lo tercero. La observación de los cambios que se producen en las reacciones del individuo, es lo que le proporciona su material a la psicología de grupo; puesto que todos los intentos de explicación deben ir precedidos por lo que deba explicarse.

Vamos a dejar ahora que **Le Bon hable por sí mismo**. Y dice: "La peculiaridad más sorprendente que presenta el grupo psicológico, es la siguiente. Sean quienes sean los individuos que lo componen, por similar o diferente que sean su modo de vida, así como también sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, **el hecho de que se transformen en un grupo les da posesión de una especie de mente colectiva que les hace sentir, pensar y actuar de manera muy diferente a como cada uno de los individuos de dicho grupo sentiría, pensaría y actuaría en el caso de que estuviera en estado de aislamiento**. Hay ciertas ideas y ciertos sentimientos que no surgen a la vida o no se transforman en actos, excepto en el caso de que los individuos formen un grupo. El grupo psicológico es un ser provisional, formado con elementos heterogéneos que durante un momento se combinan, exactamente en la misma forma que las células que constituyen un cuerpo vivo, y que por su reunión forman un nuevo ser que presenta características muy diferentes de las que poseen individualmente sus componentes, por separado" (p. 29).

Vamos a tomarnos la libertad de interrumpir a Le Bon con glosas propias y, así, incluiremos en relación con este punto una observación: **Si los individuos de un grupo se integran en una unidad, debe haber seguramente algo que los una y ese lazo de unión puede ser, precisamente, lo que resulta característico en el grupo**. Sin embargo, Le Bon no atiende a esta cuestión; y sigue adelante tomando en consideración las alteraciones que sufre el individuo cuando forma parte de un grupo, y las describe en términos que armonizan muy bien con los postulados fundamentales de nuestra propia psicología profunda:

"Es fácil demostrar hasta qué punto difiere del individuo aislado, el que forma parte de un grupo; pero si es difícil descubrir las causas de esas diferencias.

"Para poder vislumbrarlas, pasando por sobre todo es preciso atenernos primeramente a la verdad establecida por la psicología moderna: Los fenómenos inconscientes desempeñan un papel preponderante no sólo en la vida orgánica, sino también en las operaciones de la inteligencia. La vida consciente de una mente tiene poca importancia en comparación con su vida inconsciente. El analista más sutil, el observador más agudo, apenas lograrán tener éxito cuando traten de descubrir algo más que un número muy pequeño de los motivos conscientes que determinan la conducta. **Nuestros actos conscientes son el resultado de un sustrato inconsciente, creado en la mente, sobre todo, por influencias hereditarias**. Este sustrato consiste en las innumerables características comunes que pasan de generación en generación y que constituyen el genio de una raza. Detrás de las causas confesadas de nuestros actos, hay indudablemente causas secretas que no confesamos; pero tras esas causas secretas hay otras todavía más secretas, de las que ni siquiera nosotros mismos estamos conscientes. La mayor parte de nuestros actos cotidianos son el resultado de motivos ocultos que escapan a nuestra observación" (p. 30).

Le Bon cree que las tendencias particulares del individuo quedan obliteradas en el grupo y que, en esa forma, sus características distintivas desaparecen. El subconsciente racial surge; lo heterogéneo se sumerge en lo homogéneo. Podemos decir que se elimina la superestructura mental, en cuyo desarrollo tienen diferencias los individuos, y que los fundamentos conscientes, que son similares en todos, quedan claramente a la vista.

De este modo, los individuos del grupo llegan a dar muestras de un carácter promedio; pero Le Bon cree que muestran también nuevas características, que no poseían antes de pertenecer al grupo, y busca las razones para ello en tres factores diferentes.

"El primero de ellos es que el individuo que forma parte de un grupo adquiere, tan sólo por consideraciones numéricas, un sentimiento de poder invencible, lo que lo impele a satisfacer bajos instintos que en el caso de que estuviera solo hubiera tenido que dominar u olvidar. Estará menos dispuesto a controlarse, por la consideración de que, puesto que el grupo es anónimo y, por ende, irresponsable, el sentimiento de respon-

sabilidad que controla siempre a los individuos desaparece por completo" (p. 33).

Desde nuestro punto de vista, no debemos atribuir tanta importancia a la aparición de nuevas características. Para nosotros, debe ser suficiente el decir que en un grupo el individuo se encuentra en condiciones que le permiten rechazar la represión de sus instintos inconscientes. Las características aparentemente nuevas que presenta entonces son, de hecho, manifestaciones de su subconsciente, en el que se encuentra como predisposición todo lo malo de la mente humana. Por ende, en esas circunstancias, no podemos encontrar dificultades para comprender la desaparición de la conciencia o del sentimiento de responsabilidad. **Sostenemos, desde hace mucho tiempo, que "el temor a la sociedad" (soziale angst) es la esencia de lo que se denomina conciencia.**

"La segunda causa, que es el contagio, interviene también para determinar la manifestación en el grupo, de las características especiales del individuo y, al mismo tiempo, la tendencia que muchos seguirán. El contagio es un fenómeno cuya presencia resulta fácil establecer, pero que no resulta tan fácil explicar. Debe clasificarse entre los fenómenos de orden **hipnótico**, que estudiaremos un poco más adelante. **En el grupo, todos los sentimientos y los actos son contagiosos, hasta un punto tal, que el individuo se sacrifica de buena gana en sus intereses personales por los colectivos.** Esta es una actitud tan contraria a la naturaleza humana, que los hombres raramente somos capaces de adoptarla, excepto cuando formamos parte de un grupo" (p. 33).

Más adelante debemos basar en esta última declaración una conjetura importante.

"Una tercera causa, de lejos la más importante, determina en los individuos de un grupo características especiales que son muy contrarias, a veces, a las presentadas por el individuo aislado. Aludo a la sugestionabilidad, de la que, además, el contagio mencionado antes es sólo un efecto.

"Para entender este fenómeno es necesario recordar ciertos recientes e importantes descubrimientos psicológicos. Sabemos actualmente que por medio de diferentes procesos puede llevarse a un individuo a una condición tal que al perder completamente su personalidad consciente, obedece a todas las sugerencias del operador que lo ha privado de esa personalidad y comete actos que están totalmente en contradicción con su carácter y sus hábitos. Las investigaciones más cuidadosas parecen demostrar que un individuo integrado durante cierto tiempo en un grupo en acción, se encuentra muy pronto —ya sea como consecuencia de la influencia magnética que se desprende del grupo o por alguna otra causa que desconocemos— en un estado especial, que se parece mucho al estado de fascinación, de sometimiento, en el que el individuo hipnotizado se encuentra al arbitrio del hipnotizador... La personalidad consciente ha desaparecido por completo; la voluntad y el discernimiento se pierden; todos los sentimientos y pensamientos se inclinan en el sentido determinado por el hipnotizador.

"Ese es también, parecidamente, el estado de un individuo que forma parte de un grupo psicológico. **Ya no está consciente de sus actos. En su caso, como en el del sujeto hipnotizado, al mismo tiempo que se destruyen ciertas facultades, otras pueden llegar a un estado de gran exaltación.** Bajo la influencia de una sugestión, emprenderá la realización de ciertos actos con una impetuosidad irresistible. Esta impetuosidad es todavía más irresistible en el caso de los grupos que en el del sujeto hipnotizado, debido a que, siendo igual la sugestión para todos los individuos del grupo, su fuerza aumenta debido a la aprobación recíproca" (p. 34).

"Así, pues, podemos ver que la desaparición de la personalidad consciente, la predominancia de la personalidad inconsciente, la inclinación, por medio de la sugestión y el contagio de los sentimientos y las ideas en una dirección idéntica, la tendencia a inmediatamente transformar en actos las ideas sugeridas, evidentemente son las características principales del hecho de que el individuo forme parte de un grupo. Aquél ya no es él mismo, sino se ha convertido en un autómatas y ha dejado de ser dirigido por su voluntad" (p. 35).

Cité este pasaje tan sucintamente, con el fin de dejar bien sentado que Le Bon explica las condiciones de un individuo en un grupo, considerándolas realmente como hipnóticas y que no se limita a establecer una comparación entre dos estados. No tenemos intenciones de presentar ninguna objeción en este punto, sino deseamos solamente hacer hincapié en el hecho de que las dos últimas causas de que un individuo cambie en un grupo (el contagio y el realce de la sugestionabilidad) no están evidentemente emparejadas, ya que el contagio parece ser realmente una manifestación de la capacidad de sugestión. Además, los efectos de los dos factores no parecen estar claramente diferenciados en el texto de las observaciones de Le Bon. Quizá podamos interpretar mejor su declaración, si identificamos el contagio con la influencia de los miembros individuales del grupo, de unos sobre otros, mientras nos dirigimos hacia otra fuente para investigar las manifestaciones de la sugestión en el grupo, que se sitúan al mismo nivel que los fenómenos de la influencia hipnótica. Pero, ¿a qué fuente nos dirigimos? No podemos evitar sentirnos afectados por un sentimiento de incapacidad, cuando **nos damos cuenta de que uno de los principales elementos de la comparación, o sea la persona que debe remplazar al hipnotizador en el caso del grupo, no se menciona en la exposición de Le Bon.** No obstante, éste establece una distinción entre esta influencia de la fascinación, que permanece sumida en la obscuridad, y la influencia contagiosa que los individuos ejercen unos sobre otros y por medio de la cual se fortalece aquella sugestión inicial.

He aquí otra consideración importante para ayudarnos a comprender al individuo dentro de un grupo: "Además, por el simple hecho de que forma parte de un grupo organizado, un hombre descende varios peldaños en la escala de la civilización. Aislado, puede

ser un individuo culto; en una multitud, es un bárbaro o sea, una criatura que actúa por instinto: posee la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos" (p. 36). A continuación, insiste especialmente en la disminución de la capacidad intelectual que un individuo manifiesta cuando entra a formar parte de un grupo.

Dejemos ahora al individuo y volvámonos hacia la mente del grupo, tal y como la bosquejó Le Bon. No presenta ni una sola característica con la que un psicoanalista pudiera tener dificultades para situarla o deducir su origen. Le Bon mismo nos muestra el camino, señalando su similitud con la vida mental de los pueblos primitivos y sus descendientes (p. 40).

El grupo es impulsivo, cambiante e irritable. Se deja llevar casi exclusivamente por el subconsciente. Los impulsos a los que obedece pueden ser, de acuerdo con las circunstancias, generosos o crueles, heroicos o cobardes; pero son siempre tan imperiosos que no hay ningún interés personal que se haga sentir, ni siquiera el de la autopreservación (p. 41). No hay en su conducta nada que sea premeditado. Aun cuando puede desear las cosas apasionadamente, este sentimiento no perdura por mucho tiempo, porque es incapaz de tener perseverancia. **No puede tolerar ningún retraso entre su deseo y el alcance de lo que desea.** Tiene un sentimiento de omnipotencia —la noción de la imposibilidad desaparece para el individuo que forma parte de un grupo—.

El grupo es extraordinariamente crédulo y abierto a las influencias, no tiene facultad de criticar y lo improbable no existe para él. Piensa en imágenes que se llaman unas a otras por asociación (tal y como se presentan en los individuos en los estados de imaginación libre) y cuyo acuerdo con la realidad nunca se verifica de conformidad con ninguna función razonable (Instanz). Los sentimientos de grupo son siempre muy simples y muy exagerados. De ese modo, el grupo no conoce la duda ni la incertidumbre.

Se va directamente a los extremos: si se expresa una sospecha, se transforma instantáneamente en una seguridad incontrovertible; una ligera antipatía se transforma en odio furioso (p. 56).

Puesto que se inclina a todos los extremos, sólo puede excitarse al grupo mediante un estímulo excesivo. Cualquiera que desee producir un efecto sobre él, no necesita un ajuste lógico de sus argumentos; tendrá que describir las cosas de la manera más intensa, exacerbarlas y repetir las una y otra vez.

Puesto que el grupo no tiene dudas respecto a lo que es verdadero o falso y, además, está consciente de su propia gran fuerza, es tan intolerante como obediente a la autoridad. Respeta a la fuerza y sólo puede verse afectado ligeramente por la bondad, a la que considera sólo como una forma de debilidad. Lo que les pide a sus héroes es fuerza o, incluso, violencia. **Desea ser regido y oprimido y temer a sus dirigentes.** Fundamentalmente, es conservador y tiene una profunda aversión por todas las innovaciones y los avances, y un respeto total por la tradición (p. 62). ➤



Para poder emitir un juicio correcto sobre la moral de los grupos, debemos tomar en consideración el hecho de que, cuando los individuos se reúnen en grupo, desaparecen todas las inhibiciones individuales, y todos los instintos crueles, brutales y destructivos que se encuentran latentes en los individuos, como remanentes de una época primitiva, se estimulan para satisfacerlos libremente. Sin embargo, **bajo la influencia de la sugestión los grupos son también capaces de grandes realizaciones, en la forma de abnegación, ausencia de egoísmo y devoción a un ideal.** Mientras que en el caso de los intereses personales de individuos aislados esa es la única fuerza de motivación, en los grupos resulta evidente muy pocas veces. Es posible que el individuo elevara sus niveles morales gracias al grupo (p. 65). Mientras que la capacidad intelectual del grupo se encuentra siempre muy por debajo de la del individuo, su conducta ética tan puede elevarse como descender de la altura de sí misma.

Algunas otras características de la descripción de Le Bon muestran con claridad hasta qué punto se justifica la identificación de la mente del grupo con la mentalidad de los pueblos primitivos. **En los grupos, las ideas más contradictorias pueden encontrarse juntas y tolerarse mutuamente,** sin que se produzca ningún conflicto por la contradicción lógica entre ellas. Sin embargo, eso es también lo que sucede en el caso de la vida mental inconsciente de los individuos, los niños y los neuróticos, como lo ha señalado el psicoanálisis desde hace mucho tiempo.

Además, el grupo está sujeto al poder verdaderamente mágico de la palabra, que puede provocar las tempestades más formidables en su mente y también paralizarlo (p. 117). "La razón y los argumentos no pueden combatir a ciertas palabras y fórmulas. Se expresan éstas con solemnidad en presencia de grupos y, en cuanto se pronuncian puede advertirse una expresión de respeto en todas las actitudes, y todas las cabezas se inclinan. Muchos las consideran como fuerzas naturales, como poderes sobrenaturales" (p. 117). A este respecto, sólo es necesario recordar los tabúes relativos a los nombres entre los pueblos primitivos, y los poderes mágicos que éstos atribuyen a los nombres y las palabras.

Finalmente, los grupos nunca están sedientos de la verdad. Piden ilusiones y no pueden pasarse sin ellas. Siempre dan preferencia a lo irreal sobre lo real; **su fren una influencia tan fuerte de lo irreal como de lo real. Tienen una tendencia natural a no distinguir lo uno de lo otro** (p. 77).

Hemos indicado ya que esta predominancia de la vida de la fantasía y la ilusión, nacidas de un deseo insatisfecho, es el factor primordial en la psicología de las neurosis. Hemos descubierto que los neuróticos no se dejan guiar por la realidad objetiva ordinaria, sino por una realidad psicológica. Un síntoma histérico

se basa en la fantasía y no en la repetición de una experiencia real, y el sentimiento de culpabilidad, en una neurosis obsesional, se basa en el hecho de que una intención mala nunca se llevó a efecto. De hecho, al igual que en los sueños y la hipnosis, en las operaciones mentales del grupo la función de comprobación de la realidad de las cosas cae en el segundo plano, en comparación con la fuerza de los deseos, con su catexis afectiva.

Lo que dice Le Bon sobre los líderes de grupos es menos exhaustivo y no nos permite establecer tan fácilmente un principio básico. Cree que en cuanto los seres vivos se reúnen en cierto número, sin que importe si se trata de una manada de animales o un conjunto de seres humanos, se sitúan instintivamente bajo la autoridad de un jefe (p. 134). El grupo es un rebaño obediente, que nunca podría existir sin un pastor. Tiene tal sed de obediencia, que se somete instintivamente a cualquiera que se autodesigna como su jefe.

Aun cuando, de este modo, las necesidades del grupo recorren la mitad del camino al encuentro del líder, éste debe ajustarse también al grupo con sus cualidades personales. Debe estar inspirado por una fe poderosa (en una idea), para poder despertar la misma fe en el grupo; debe poseer una voluntad fuerte e imponente, que el grupo, que carece de voluntad, pueda aceptar como la suya propia. A continuación, Le Bon se ocupa de los diferentes tipos de líderes y los modos como trabajan en los grupos. En general, cree que los líderes se hacen sentir por medio de las ideas en las que ellos mismos creen con fanatismo.

Además, atribuye tanto a las ideas como a los líderes un poder misterioso e irresistible que denomina **prestigio. El prestigio es una especie de dominación ejercida sobre nosotros por un individuo, un trabajo o una idea. Paraliza totalmente nuestras facultades de crítica y nos llena de admiración y respeto.** Parece ser que hace despertar un sentimiento similar al de la fascinación en la hipnosis (p. 148). Establece una distinción entre el prestigio artificial o adquirido y el personal. El primero se liga a los individuos en virtud de su nombre, su fortuna, su reputación, sus opiniones, sus palabras, sus obras de arte, etc., en virtud de la tradición. Puesto que siempre se enlaza con el pasado, no puede ayudarnos mucho a comprender esa asombrosa influencia. El prestigio personal va ligado a unos pocos individuos que gracias a él se convierten en líderes, y tiene el efecto de hacer que todos los obedezcan como si se aplicara alguna magia magnética. **Sin embargo, todo prestigio depende también del éxito y se pierde cuando se produce un fracaso** (p. 159).

No nos parece que Le Bon haya logrado armonizar completamente la función del líder y la importancia del prestigio, con su cuadro, brillantemente descrito, sobre la mente de grupo.

Segismundo Freud



Academia Norteamericana de la Lengua Española

El pasado viernes 31 de mayo, a las 6 y media de la tarde, tuvo lugar el acto de instalación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. El lugar escogido fue la "American Academy of Arts and Letters", en la ciudad de Nueva York, situado en el 632 West de la calle 156 de Manhattan, entre las Avenidas de Broadway y Riverside.

El Programa consistió en palabras de bienvenida por el Académico Dr. Theodore S. Beardsley, Director de la Hispanic Society of America; entrega de Diplomas y Medallas a los académicos presentes y discurso por el profesor D. Carlos McHale, presidente del Comité Organizador y director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, anunciando las metas y propósitos de la misma.

Durante los días 1 y 2 de junio, los académicos desarrollaron un intenso programa de trabajo preparado al efecto.

Al acto de instalación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española fueron invitados los miembros de las Academias de la Lengua Española en el mundo entero; el Cuerpo Diplomático y Consular de los países de habla española acreditados ante las Naciones Unidas; la prensa escrita, radial y televisada; los profesores de español de las universidades, colegios y escuelas de los Estados Unidos y distinguidas entidades y personalidades del mundo hispánico.

Los académicos nombrados hasta el momento —algunos nacidos en los Estados Unidos, otros en España e Hispanoamérica y uno de ellos en Turquía— son todos residentes en los Estados Unidos por largos años y personas de extraordinario prestigio; muchos de ellos

pertenecen a otras Academias de la Lengua Española, y que han contribuido con sus obras al mayor esplendor y pureza del idioma español.

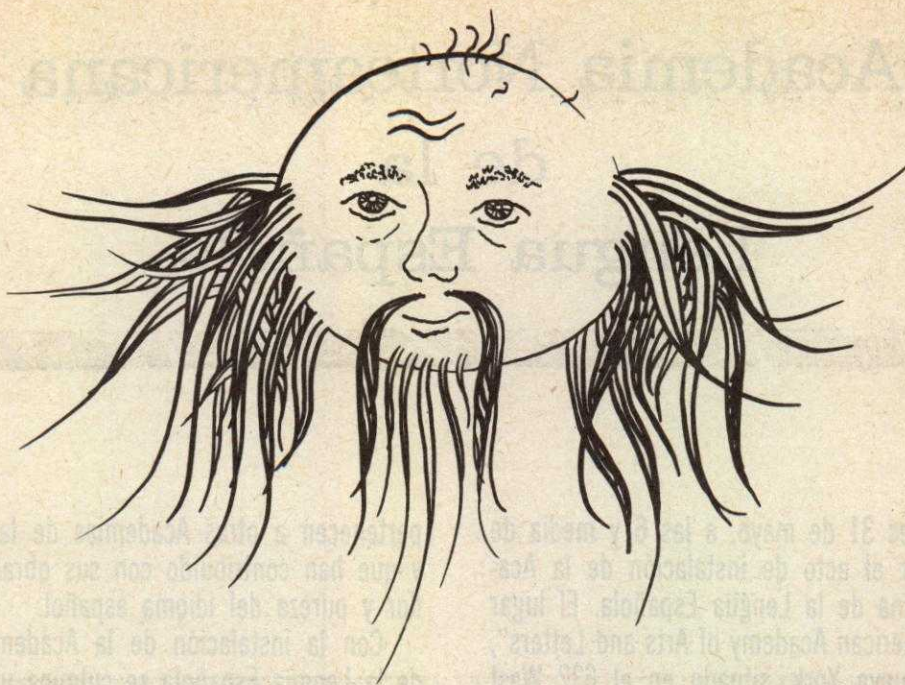
Con la instalación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española se culmina un largo período de muchos años de trabajo.

El idioma español traído por los descubridores de América, el primer idioma europeo hablado en los Estados Unidos ha continuado extendiéndose en este país sin interrumpirse por casi cinco siglos (Ponce de León descubrió y bautizó La Florida en 1513; Alvar Núñez Cabeza de Vaca cruzó caminando durante nueve años, desde el golfo de Texas hasta el de California en 1527-36; Hernando de Soto en 1537 exploró La Florida y los Estados del Sur, descubriendo el Río Mississippi; Francisco Vázquez de Coronado atravesó el Oeste de este país descubriendo el Gran Cañón del Río Colorado en 1540; Pedro Menéndez en 1565 fundó la primera ciudad de los Estados Unidos, San Agustín de La Florida) y en estos días son más de veinte millones las personas que hablan y piensan en español.

Saludamos con emocionada esperanza la instalación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y hacemos votos porque su benefactora influencia permita la correcta convivencia del idioma inglés y del español en los Estados Unidos como las dos lenguas mayoritarias y que en su día se llegue a la oficialización del idioma español en este país, instaurándose un conveniente y promisorio bilingüismo.

Larga vida y muchos éxitos deseamos a la Academia Norteamericana de la Lengua Española.





SEDANTIA

¡Tenía sed...!
Y veía pasar el agua mansamente
desde el extático ventanal del alma mía.
Me acerqué a su vera suavemente
y ahuecando las manos, estremecida,
las hundí con amor en la corriente,
jubilosa por poder calmar mi sedantía.

¡Pero el agua era impura!
¡Barro su seno, hielo su alma!
Se agitó mi piel a su contacto
con un temblor de sangre que se asquea,
dejando en medio de mi pecho
un tremendo dolor por su bajeza.
Y en la boca entreabierta de esperanza
un amargo sabor de cosa muerta.
¡Tenía sed...!

Pero el agua era impura
como es impura el alma de las hienas
que tienen un festín con carne infesta.
¡Era casi una niña!
Pero en la misma inocencia ya tenía
como valioso talismán o como guía
el Angel tutelar del alma mía.

Antonia Carmona de Barrera
(argentina)

NEUROSIS

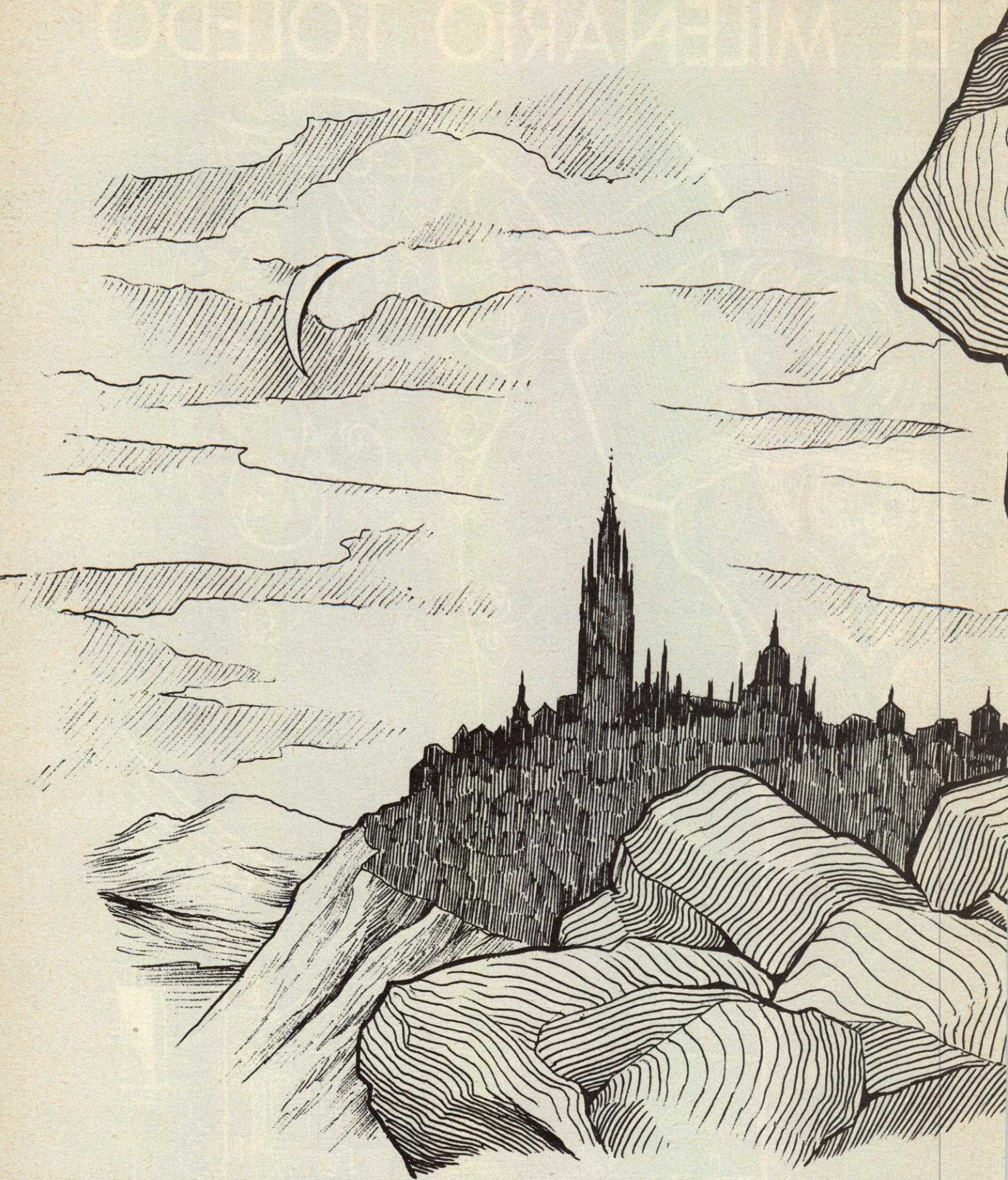
He sentido en mis horas amargas,
Sacudidas que crisan los nervios,
Emociones que agitan el alma,
Indecisos y extraños anhelos;
Una lucha terrible, sangrienta,
He sentido librarse en mi pecho,
Y he sentido de una ansia infinita
El potente y furioso aleteo!
Una sed me devora y me abrasa,
Una sed de imprecisos deseos,
Y parecen correr por mis venas
Impetuosos torrentes de fuego.
Una angustia mortal me domina,
Convulsiones que crisan los nervios,
Y mi espíritu débil se lanza
En la furia impetuosa del vértigo!
Amalgama de intensos dolores,
Amalgama de extraños tormentos,
He sentido en mis horas de angustia,
En las horas amargas de tedio,
Horas tristes que el alma enloquecen
Y la cubren con trágico velo,
Horas tristes, amargas, siniestras,
De fatiga, pesar, decaimiento,
En que mi alma se siente abrumada
Y la muerte me llama a su seno;
En que siento glacial calosfrío
Que me hiela y sacude los huesos,
Y una fiebre me abrasa implacable
Y furiosa me crispa los nervios!
Yo he sentido toda esa amalgama,
En mis pávidas noches de enfermo,
En las horas de intensa neurosis,
Cuando un buitre desgarrar mi pecho,
Y parece beberse mi sangre,
Y en pedazos romper mi cerebro!

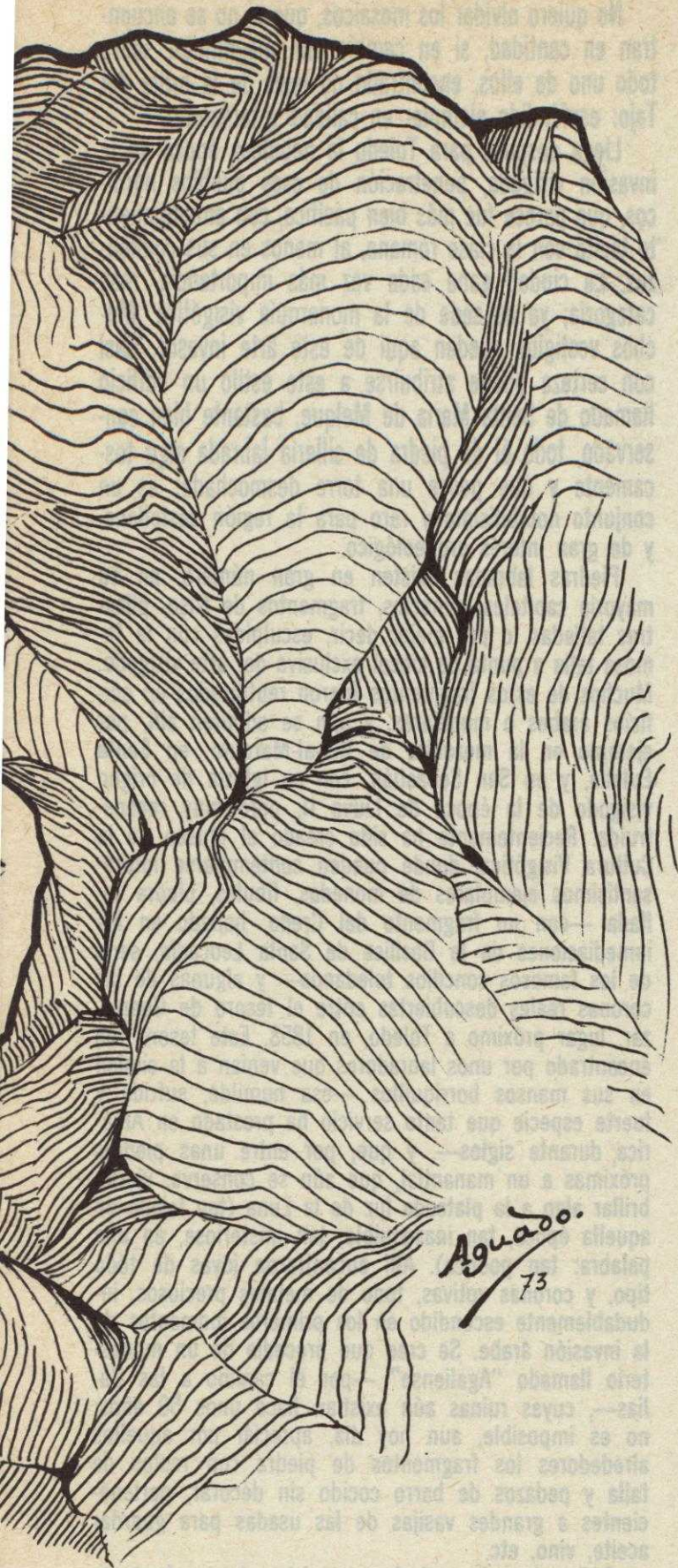
Francisco Castillo Nájera
(duranguense)

José Aguado Villalba

EL MILENARIO TOLEDO







Estas líneas que presento a continuación, no son de tipo científico; no tienen ese rigor que se puede y debe pedir a los estudios arqueológicos cuando son verdaderamente tales. Sólo son unas ideas, unos recuerdos, temas que para nosotros, los toledanos, inmersos en historia y arte, son consustanciales con nuestra vida. Y no les extrañe que aluda repetidamente a la cerámica en estos párrafos dedicados al Arte en Toledo, que ceramista soy, y el estudio de la cerámica antigua me seduce. No cito bibliografía en qué ampliar detalles, porque todo lo escrito es exclusivamente del archivo de mi memoria, y así, les pido anticipadamente perdón por los errores que puedan haberse deslizado entre estas ideas plasmadas en las cuartillas, que son sólo una iniciación en el ambiente único del Toledo artístico, histórico... **único.**

Esto que ahora contemplamos, este compendio de culturas de todos los tiempos, es una verdadera antología de la historia de la nación que se llamó El Andaluz en la época árabe.

A principios del presente siglo, aún no se conocía casi nada, prácticamente, de la prehistoria local. Era una laguna muy sensible en el estudio de nuestro peñón; pero desde hace pocos años este bache está siendo superado, y con insospechada rapidez. En algunas de las graveras que vienen surtiendo de piedra menuda y arena a la construcción de edificios de todo tipo, han aparecido multitud de restos, a algunos de los cuales se atribuye una antigüedad de unos 300,000 años: defensas de **elephants anticuus**, astas de ciervo de una longitud formidable, osamentas de jabalí, molares increíbles... También de esas fechas existen interesantísimos vestigios de la actividad humana, y hay hachas de piedra de varios tipos y en gran cantidad, además. Y es que Toledo, como dijo no ha mucho un erudito, tiene tanta categoría histórica, que pavimenta sus calles con piedras dignas de un museo.

Ahora bien, al aparecer tanto y tan interesante vestigio, la principal gravera, la de Pinedo, a unos dos kilómetros de la ciudad, ha sido dedicada no ya a suministrar piedra, sino a ser cátedra de apasionantes estudios de la primera época de los toledanos; ya no se quitará de allí un centímetro cúbico que no sea investigado a fondo, y con mayores garantías científicas a medida que avance este tipo de recuperaciones arqueológicas.

En la margen izquierda del Tajo, enfrente casi de la llamada "Casa del Diamantista", en el mismo Toledo, existe una escarpadura de las rocas graníticas de que está formado todo el grupo rocoso toledano, conocido por Cerro del Bú —extraño nombre—, en el que se encontraron huellas del Hombre del Neolítico, con ruinas de construcciones fortificadas, utensilios y restos de cerámica. ¡Ya en ese remoto tiempo comenzó la arcilla, la humilde arcilla, a prestar servicios inapreciables a la Humanidad! Esta cerámica suele ser negra o negruzca, probablemente por dos razones: primero por su defectuosa cocción, posiblemente en hogueras al aire libre, y también por su uso en rudimentarísimos fogones que más producirían humo que llama. Cerámi-

ca muy tosca, pero ya decorada; el hombre, tan pronto comenzó a utilizar el Vaso, el Cuenco, el Jarro, sintió la necesidad de poner allí algo de su espíritu, algo de su personalidad. ¡Qué esbozos decorativos tan simples y tan originales! A veces se practican con una cuerda, otras, con esquirlas de hueso imprimiendo huellas semicirculares o circulitos; también con depresiones dactilares que tal vez (soñemos) lleguen a poder decir a un especialista venidero algo de nuestros antepasados, tan rústicos, pero ya artistas.

Llegan después los iberos del bronce, del hierro, con técnica, ya verdadera técnica, sencilla y rudimentaria, pero técnica al fin. Sus objetos expuestos en el Museo de Santa Cruz son muestras de gran avance; su cerámica, de formas influidas más de una por la civilización mediterránea, está decorada ya con colores blanco y rojo apagado —el blanco de engobe caolínico y el rojo del óxido de hierro— fijados al fuego. Los motivos decorativos son ya complicados, con animales, con plantas, con figuras humanas estilizadas en forma aguda y graciosa; aquí empieza ya a perfilarse la personalidad española, tan especial y tan compleja.

Asimismo tiene gran importancia en la decoración ibérica el motivo geométrico; sobre todo los círculos múltiples, hechos con una perfección asombrosa.

No hay mucho romano aquí, a pesar de la importancia de *Toletum* en Hispania, centro de la Península y estratégico nudo de comunicaciones en las principales vías que unían a *Emérita* y *Caesaraugusta*. Quedan restos de una soberbia traída de agua, desde los montes de Toledo, que finalizaba en un gran acueducto que atravesaba el Tajo, con altura de unos setenta metros, lo que lo califica como el más alto de toda España, y del que solamente quedan unos machones de cal y canto en las dos orillas del río; ruinas del Circo desmanteladas, según parece por los visigodos, para reforzar nuestras murallas. Aquí y allá sillares labrados, muchos de bloques enormes, como los vestigios de la muralla observados debajo del límite del zocodover actual, plaza que data seguramente (por lo menos parte de la traza presente) de esa época, después conoce la división de la ciudadela musulmana y por fin se estructura como ahora se ve, hacia el siglo XVI. ¡Cuántos acontecimientos, alegres unos, trágicos otros, habrán desfilado por esta plaza, siglo tras siglo!

Algo más: capiteles y fustes de jaspe o mármol aprovechados posteriormente para iglesias; escasa cerámica, con vasijas de muy buena fabricación, casi únicamente fragmentadas, bien de arcilla corriente o de "terra sigillata", de la que llegó a fabricarse en Sagunto con tanta perfección como en Italia, pero sin decoración pintada —¡tanta como hay en la ibérica!— y sí solamente en relieve, medallones, mediascañas, exvotos, etc., hecha, casi siempre con molde, esto es, un original previo, muy bien terminado y después pasado a un molde de escayola, del que se obtienen tantas copias como se desee; y por cierto, que se puede apreciar bastante bien en la copia que se contemple si el molde era nuevo o ya iba perdiendo nitidez como consecuencia del desgaste inherente al uso repetido.

No quiero olvidar los mosaicos, que si no se encuentran en cantidad, sí en cambio son magníficos, sobre todo uno de ellos, encontrado no lejos de la orilla del Tajo: espléndido ejemplar en calidad y tamaño.

Llega después para Toledo la nebulosa época de la invasión visigoda, penetración de esos pueblos nórdicos, que parece fue más bien pacífica, con entendimiento tácito con la clase romana, al menos en sus comienzos. La ciudad gana cada vez más importancia, más categoría; ya es sede de la monarquía visigótica. Muchos vestigios quedan aquí de este arte invasor. Casi con certeza puede atribuirse a este estilo un edificio llamado de Santa María de Melque, bastante bien conservado, todo él de piedra de sillería labrada algo toscamente y que posee una torre desmochada; es un conjunto notabilísimo y raro para la región castellana, y de gran interés arqueológico.

Piedras labradas existen en gran número, en su mayoría capiteles, cimacios, fragmentos de friso, pilas-tras talladas, o por mejor decir, esculpidas con la famosa talla a punta de cincel exclusiva del arte visigodo. Muchos de estos fragmentos fueron reutilizados en edificios árabes o mudéjares, y aún se admiran allí, por ejemplo en la mezquita de Bib-al-Mardum, en Santa Eulalia, y en San Sebastián, con su iglesia de origen visigodo de la época de Liuva II, pero muy reconstruida. Recientemente ha sido creado el Museo de la Cultura Visigótica, donde pueden contemplarse interesantísimos ejemplares de monedas, fibulas, piedra tallada —con un fragmento del Credo, hallado en las inmediaciones de la Basílica de Santa Leocadia, sede de los famosos concilios toledanos— y algunas de las coronas reales descubiertas entre el tesoro de Guarrazar, lugar próximo a Toledo, en 1858. Este tesoro fue encontrado por unos labradores que venían a la ciudad en sus mansos borriquillos —esa humilde, sufrida y fuerte especie que tanto servicio ha prestado en América durante siglos—, y que, por entre unas piedras próximas a un manantial, que aún se conserva, vieron brillar algo a la plateada luz de la Luna (tan lejana en aquella época, tan inasequible, tan misteriosa, en una palabra: tan poética). Allí encontraron joyas de todo tipo, y coronas votivas, todo de metales preciosos, indudablemente escondido en los primeros momentos de la invasión árabe. Se cree que procedía de un monasterio llamado "Agaliense" —por el camino a las Galias—, cuyas ruinas aún existían hace unos 50 años; no es imposible, aun hoy día, apreciar por aquellos alrededores los fragmentos de piedra con restos de talla y pedazos de barro cocido sin decorar, pertenecientes a grandes vasijas de las usadas para guardar aceite, vino, etc.

Referente a la cerámica, poquísimos hay, y bastante tosco; se ha perdido la elegancia romana y su buena técnica. Sólo se conservan piezas o fragmentos de ellas, sin decorar y de línea tosca, de fuertes paredes y sin vidriar.

La ciudad debió ser algo único en aquella época; pero, ¡cuántos palacios, cuántas iglesias se han destruido por la descuidada e inconsciente mano del hom-

bre! Algo queda, aunque se ha perdido muchísimo, casi la totalidad del Toledo visigodo.

Pasemos ahora a la cultura iniciada con la invasión árabe el año 711. Más de cien años debieron transcurrir, posiblemente, hasta que la vida cotidiana se estableciese con más normalidad y se iniciase la decoración, sobre todo en lo referente a las artes decorativas. Es demasiado extenso el conjunto de este Arte, para tocarlo someramente; por eso me ceñiré casi exclusivamente a la cerámica. El tipo decorativo, también para la ornamentación constructiva, en Castilla, difiere totalmente del de Andalucía. ¿Por qué? Difícil de decir; tal vez la influencia de la luz, del radiante cielo meridional. Mientras en el sur el diseño se complica con difíciles lacerías, inverosímiles atauriques de una prolijidad inacabable, y la policromía hiere la vista cuando se expone a los rayos del sol, con bermellones, oros, añiles intensos, en Toledo se hace un arte sobrio, meditado, místico; decoraciones bastante sencillas, en muchas ocasiones sin policromar, en otras de color apagado, con azul índigo suave, ausencia de rojo, poco o ningún oro y verde casi oliva, lo que hace el conjunto austero, sencillo.

Un edificio bien conservado atesora la ciudad: la mezquita de Bib-al-Mardum, de pequeñas dimensiones, pero de una armonía de líneas que la hacen joya inapreciable. Cosa curiosa, en el friso superior figura el nombre del constructor y la fecha (año 1000), en la decoración de ladrillo. Tiene algunos capiteles visigodos aprovechados y algunos de sus arcos llevan líneas bicolores, como en la mezquita de Córdoba, probablemente por influencia bizantina. Aquí, dice la leyenda, hincó las rodillas el caballo del Cid Campeador que junto a Alfonso VI entraba vencedor en la Tolaitola árabe, y que indagándose sobre este hecho se descubrió una imagen de Cristo que permanecía allí oculta desde siglos antes.

En nuestra ciudad existen muchas, muchas leyendas que se han repetido de unos a otros siglos, de padres a hijos, y que tienen ecos de trovas juglarescas y de hechos de armas y huellas de lágrimas...

Del Alcázar o Alcazaba de los gobernadores árabes y más tarde de los reyes taifas no queda, a lo que parece, otra cosa que una habitación poligonal de bóveda entrecruzada. Este palacio que estaba situado dentro del recinto amurallado —que coincidía, más o menos, con la ciudadela romana—, por uno de sus costados daba hacia la vega del Tajo, con un cortado a pico que hacía aquel lado absolutamente inexpugnable.

Es sobre el siglo X cuando la cerámica recibe un impulso que la habría de colocar, en siglos posteriores, a una altura que bien puede llamarse inigualada. Parece comprobado que un buen número de alfareros y ceramistas persas —sasánidas— vinieron a El Andaluz y comenzaron a vigorizar la escasa fabricación de entonces. Inician el vidriado con barniz plumbífero, y el coloreado del mismo con óxidos metálicos, de cobre, de hierro, de manganeso. De este tipo de obra casi no queda nada en nuestros museos. Es del comienzo

del siglo XI lo que hay, principalmente fragmentos de alicatado, para solados o frisos; se componen de piezas de barro vidriado de forma geométrica, que se ensamblan unas con otras, formando bellos y complicados dibujos. En ellas ya aparece el color blanco, que se logra añadiendo óxido de estaño al primer barniz plumbífero; los otros tonos son el negro de manganeso, el verde de cobre y el melado (nombre derivado del color de la dulce miel) del antimonio.

También existen algunos brocales de pozo, con decoración tallada en la arcilla y vidriados en verde, o en verde y blanco. Por entonces es cuando se inicia la técnica de "la cuerda seca", línea de manganeso que constituye el diseño y que hace de separación entre los esmaltes —o barnices— coloreados. Estas primeras piezas son muy sencillas, de dibujo rudimentario, pero ya lleno de armonía. Además de las piezas existentes aquí, las que yo considero mejores pueden admirarse en la Fundación Osma, en Madrid. De todos modos, este tipo de cerámica escasea mucho, indudablemente por su fabricación mínima, ya que desde luego son piezas de lujo; también se fabricó en Sevilla y Málaga.

Otra loza interesantísima es la llamada de reflejo metálico hispano-árabe; traída de Oriente (Egipto, Persia, Mesopotamia), comienza a lo que parece en Toledo y Málaga, de donde pasaría luego a Levante, y ya en el siglo X consta documentalmente que en la ciudad se hacían "escudillas doradas, lisas y buenas". Desgraciadamente no queda casi nada de la fabricación toledana, y lo que ha llegado hasta nosotros es lo malagueño —ánforas de la Alhambra, de Palermo, etc.; placa de Fortuny— y lo levantino de Manises, ya del siglo XIV. Este tipo de reflejo está casi perdido, y lo digo con conocimiento de causa, a consecuencia de las enormes dificultades que entraña su fabricación. Personalmente sé lo difícil que es preparar la fórmula, las piezas, el baño, el cocido con leña de especiales características y el diseño, que debe ser preciso, suelto, clásico sin rebuscamientos.

Esta loza dorada o de reflejo se hizo especialmente por una razón: la de que El Corán prohibía el uso de vajilla de oro, y la dorada o de reflejo la suplía. No sólo se empleó en España; desde entonces se exportó a toda Europa y hasta a Oriente, de donde había venido.

El gran inconveniente de la decoración de esa época es el de que, en esta zona principalmente, los artífices no empleaban materiales resistentes. Muy poco hay de piedra labrada; casi siempre se usaban el ladrillo de barro cocido, la madera tallada y el yeso o el estuco. Por eso se ha perdido tantísimo de la rica ciudad árabe. Quedan también otra mezquita, sin decoraciones, y un palacete llamado de Galiana, en la margen del río, bello edificio, pero muy reconstruido, en donde parece que habitó el que después sería el Rey Alfonso VI, cuando fugitivo gozaba de la hospitalidad de Al-Mamun. ¡También aquí hay una leyenda! Pero la pasaremos por alto.

Las partes más primitivas de la ciudad, aún conservan un trazado de gran influencia oriental con sus ca-

lles estrechas, tanto que en ocasiones parece que van a tocarse los aleros de las casas fronteras, y hasta es posible, como en la calle de la Campana, ¡caminar con un pie en cada acera...! Esto es práctico en los días de fuerte calor castellano, en los que el sol tanto cana- nada dice ni nada traiciona, y sin embargo al pasar al interior, aparece, sin previo aviso, con patios bellí- simos, arquerías o arrabás decorados, puertas taracea- das o pozos con brocales de mármol o cerámica.

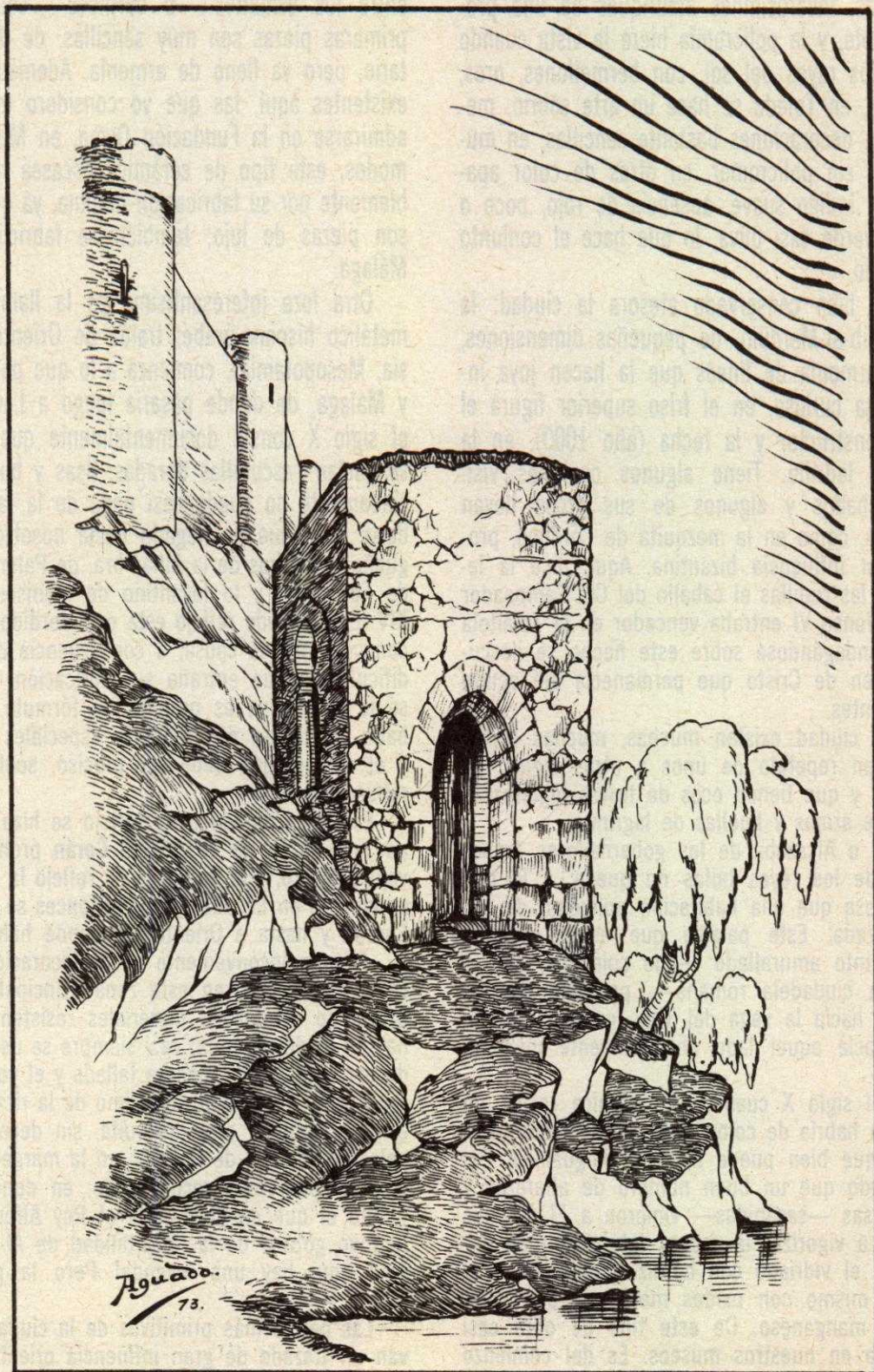
Todavía hay casas que conservan restos de este estilo, con vigas, canecillos o tabicas decorados con

gran espontaneidad y gusto. También conocemos cueros repujados, sin dejar de mencionar bellísimas telas teji- das maravillosamente; las máquinas no han podido mejorar a algunas de ellas...

Creo que va me ha alargado en una forma exa- antecede; termino, pues. Quizá más adelante siga este bosquejo histórico si vuestra paciencia no se ha col- mado. *Omnis saturacio mala*, como dice Cervantes.

Toledo, Diciembre 1973.

Dibujos del Autor.





LA COPA

Ahmed Ben Raschid contempló la hermosura de la muchacha. Su perfección se acrecentaba con las caricias. Dulce como vino chipriota. Ojos luminosos semejando estrellas del desierto. O como el brillo de su cimitarra desde el arabesco de la alfombra.

Volvió a abrazarla.

¡Ah, la dura Ley del Profeta, el batallar continuo, la fe que debía imponerse sobre millones de infieles!

¿Qué pueblo recibió alguna vez mandato como el suyo?

Las cimitarras habían centelleado iguales a relámpagos en el fragor tempestuoso de las guerras. La suya resplandeció siempre victoriosa desde Basora a Sidón, desde Babilonia a Gades.

Detuvo los recuerdos.

La había encontrado por tierras del Guadalquivir, en la conquista de Tarik Ibn Ziyad, de glorioso renombre.

La mujer se entregaba nuevamente a sus exigencias, dócil palmera a la fuerza del viento.

Suspiró Ahmed Ben Raschid. Se sintió cansado.

Ahora vendrían otro batallar y otros premios. También otras mujeres.

Había que alcanzar Tabriz, sus jardines de rosas, cruzar el ardiente corazón de la Armenia, llegar al Indo tal vez.

¿Dónde estaban los límites para el Profeta?

Besó una vez más la mórbida gargante.

No pudo alejar del pensamiento su axioma de honor: en la copa de Ahmed Ben Raschid no bebe nadie más. Él inició la costumbre de estrellarla en augurio feliz de nuevos y triunfantes brindis.

Su cimitarra brilló con la pasión de una querida enloquecida. Era la señal. Sabía su momento.

Ágil, Ahmed Ben Raschid dio tres saltos felinos. La cabeza de la muchacha enrojeció cual una granada madura.

Ahmed Ben Raschid pensó en las rosas de Tabriz que ella, la hermosa, no vería.

También pensó en la segunda parte del castigo, en el imberbe hermano infiel. Porque, ¡por las barbas del Profeta!, nunca otro debía beber jamás en las copas de Ahmed Ben Raschid.

Sofía Acosta
(argentina)

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Buenos Aires

Para los seres de madurez espiritual, sin duda alguna tienen un valor trascendental, cuando por intermedio del intercambio intelectual nos sentimos unificados por sus valores morales, sus conceptuosos trabajos literarios que enorgullecen al continente Americano, máxime aún cuando nos brindan satisfactoria oportunidad de hacernos conocer su personalidad física representativa y estrechar fraternalmente su mano a los pueblos hermanos, ensanchando nuestros horizontes en el difícil y venturoso arte de las letras. Así se manifestó en la reciente visita a nuestro pueblo hermano —así lo concebí— el digno director de la Revista "Norte" de Afirmación Americana Hispánica, don Fredo Arias de la Canal, eximio escritor de América, con plenitud espiritual que evidenció infinita nobleza; su intachable afabilidad, elocución precisa en las variables facetas del mundo de las letras, poniendo de manifiesto su capacidad intelectual, han reafirmado en mí sentida admiración y profundo afecto.

Juan Evangelista Cabrera

De Greenwich, Conn.

Me tiene Ud. profundamente agradecido por el disco TANGO Y PSICOANÁLISIS, que Ud. tuvo la amabilidad de enviarme. Mi señora, yo y algunos amigos lo hemos escuchado con enorme interés y deleite. Lo he llevado al Colegio de Adultos, donde enseño yo dos cursos avanzados de español. El disco ha gustado muchísimo a mis alumnos. Sobre todo la narrativa o sea el análisis oral de la música. Han quedado impresionados con el español claro, nítido, exacto y castizo del narrador. De mi parte diré que el análisis psicológico del tango está admirablemente estudiado. Su explicación revela de una manera elocuente e irrefutable lo que palpita dentro del espíritu de esta música casi siempre irrisoria y llorosa; y casi siempre sobre el tema del abandono, la ausencia y los malpagos de la ingrata.

Mis reiteraciones de gratitud por el envío de su hermoso disco.

Primo Castrillo

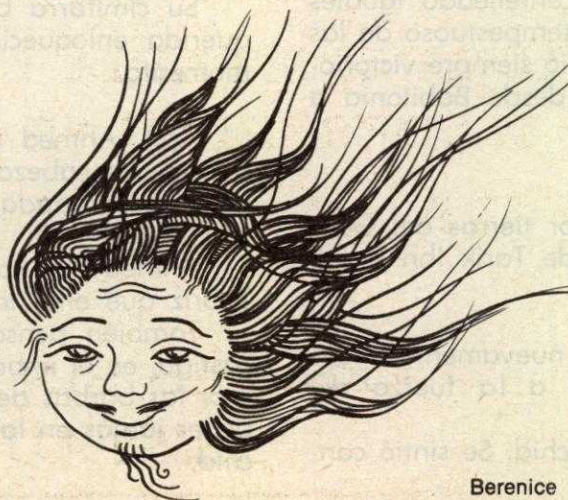
De Buenos Aires

Leí con mucho interés su ensayo, porque justamente acababa de aprovechar las vacaciones para releer el Quijote (con grandísimo deleite por cierto) y poco después algunas de las Novelas Ejemplares.

Veo que usted está totalmente convertido a la religión de Freud y que el doctor Edmund Bergler es su profeta y no me atrevería a discutir ninguno de los dogmas de esa fe (llamo dogma a cualquier aseveración que no sea experimentalmente comprobable) del mismo modo que no se me ocurriría discutirle a un católico sobre la Santísima Trinidad o la transustanciación.

Desde luego, toda conducta se puede interpretar de muchas maneras; la que usted elige puede ser tan sólida como cualquiera; pero tendrá que perdonar mi escepticismo que es en mí una actitud general y data de la adolescencia. Bien puede ser que mi madre me haya amamantado insuficientemente, y que, indignada contra ella, rechace yo cualquier idea basada en la autoridad de maestros y no verificable por mí.

Alicia Jurado



Berenice



*"...el Estado vive siempre
en pie de guerra
contra todas las formas superiores
de la cultura espiritual
y trata de eludir
la voluntad creadora
de la cultura".*

Rudolf Rocker

Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

